

Hojitas de Fe

El justo vive de la fe

378

6. Símbolo o Credo

Padre Emmanuel André Amor y devoción al Alma de Cristo ☪

*Presentamos a continuación, en una serie de cuatro Hojitas de Fe, un nuevo escrito del Padre Emmanuel André, del año 1875, esta vez sobre el **amor y devoción al Alma de Nuestro Señor Jesucristo**. Quiera Dios que estas líneas colaboren a incentivar entre nosotros el conocimiento, el amor y la imitación del Alma de Cristo, o, lo que viene a ser lo mismo, de su Corazón y de todo su divino interior.*

DECLARACIÓN DEL AUTOR

*Animam meam, unicam meam.
¡Mi alma, mi única!
(Sal. 21 21).*

Humildemente sometidos a las prescripciones de la Santa Iglesia, nuestra Madre, el autor declara haber impreso este escrito con la permisión de la autoridad competente.

Declara igualmente someterlo sin reserva al juicio de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana.

El autor
Padre EMMANUEL ANDRÉ,
cura párroco de Mesnil-Saint-Loup,
hoy Hermano EMMANUEL,
de los Benedictinos de Nuestra Señora de la Santa Esperanza.
1875.

1º La devoción al Alma de Nuestro Señor es necesaria en nuestros tiempos.

Dos grandes males afligen hoy al mundo: el materialismo y el falso espiritualismo.

El primero precipita en la tierra, a menudo en el lodo, a una porción considerable de la humanidad; el segundo lanza en un abismo de errores a muchas inte-

ligencias que se acuerdan todavía que la materia no lo es todo, y que todo no es materia.

Colocamos entre las víctimas del materialismo no sólo a los avaros y a los voluptuosos, sino a un número mucho mayor de esos hombres llamados *trabajadores*, que no saben trabajar sino para la vida presente, que quieren pan y placeres, como los antiguos Romanos ya conocidos.

El falso espiritualismo escoge sus víctimas con una atención más selecta, y se pueden decir de él estas palabras de la Escritura: *Su alimento es un alimento selecto* (Hab. 1 16). Le hacen falta ignorantes que se crean sabios, sabios que se crean Dios (hay muchos de ellos, nuestros Panteístas lo saben), espíritus que piden su luz a los espíritus de las tinieblas; ya conocemos el espiritismo.

¡Cuántos males pesan sobre nuestra pobre humanidad! La invitamos a probar un gran remedio: ***el amor y la devoción al alma de Nuestro Señor Jesucristo***. De ser conocida, el alma de Nuestro Señor Jesucristo nos retiraría del materialismo; de ser conocida, el alma de Nuestro Señor Jesucristo nos preservaría del falso espiritualismo, y nos conduciría por el camino recto de la Verdad y de la Caridad.

2º Qué poco conocida es el Alma de Nuestro Señor.

Varias veces hemos podido comprobar qué poco conocida es la santa alma de Jesús. Al hablar de esta alma divina, había gente que nos contestaba con gran ingenuidad y sinceridad: «¡Nunca había pensado en ello! Si usted no me hubiese dicho nada, habría podido pasar toda mi vida sirviendo y amando a Nuestro Señor, sin pensar que tiene un alma».

En efecto, muy a menudo, al pensar en Nuestro Señor, nos contentamos con considerar que es Dios y hombre, pero nuestra atención a su humanidad se detiene casi siempre en su cuerpo; de buena gana se centra en su Pasión, en sus llagas, en su Corazón; pero ordinariamente su santa alma pasa desapercibida.

Tratamos con Nuestro Señor como con los hombres, nuestros semejantes: no viendo más que sus cuerpos, no pensamos apenas, por no decir nada, en sus almas; y cuando oímos decir: tal o cual, el nombre que se le da nos presenta siempre al espíritu un cuerpo y no un alma. De ahí viene que las almas sean poco conocidas, y podríamos decir, casi sin dudar, que de todas las almas, la más desconocida es la de Nuestro Señor.

3º Continuación de lo precedente.

Para demostrar lo poco conocida que es el alma de Nuestro Señor, bastaría recordar la historia de Apolinario. Era él un hombre piadoso y sabio, Obispo de Laodicea, que había combatido muy valerosamente contra los Arrianos para defender la divinidad del Salvador; pero, a pesar de ello, no conocía el alma de Nuestro Señor, hasta el punto de que enseñaba que el Salvador no había asumido un alma al tomar un cuerpo semejante a los nuestros. Según él, la divinidad que

estaba en Nuestro Señor hacía las veces de alma, conduciendo y animando el cuerpo, y cumpliendo en él todas las funciones que el alma cumple en los demás hombres.

Un tal error, que negaba la realidad de la humanidad de Nuestro Señor, fue combatido como merecía serlo, y reprobado como una herejía.

Todos los cristianos, pues, deben saber y creer que Nuestro Señor asumió un cuerpo y un alma semejantes a los nuestros, sin lo cual no sería verdaderamente hombre; ya que un cuerpo sin alma no sería más hombre que un alma sin cuerpo; y como el Hijo de Dios se hizo realmente hombre, es evidente que asumió, y que tiene y tendrá por siempre, un cuerpo y un alma.

4º El Alma de Nuestro Señor es semejante a nuestras almas.

El alma de nuestro divino Salvador no es de una naturaleza o condición distinta a nuestras almas. Creada por Dios como las nuestras, esta santa alma fue sacada de la nada, y recibió de Dios los mismos dones y las mismas facultades que nuestras almas. Es un espíritu creado para unirse a un cuerpo, con la finalidad de informar y dar vida a ese cuerpo; es un espíritu creado con el poder de conocer y de amar, y también con el deber de conocer y de amar a su Creador y a su prójimo, que es un prójimo en todo semejante a ella. Hay en los cuerpos diferencias de sexo, pero no sucede así con las almas: todas ellas son hermanas, todas son perfectamente conformes unas con otras. *El alma no tiene sexo*, decía San Ambrosio.

Cuando decimos que el alma de Nuestro Señor es en todo semejante a nuestras almas, nos referimos solamente a su ser natural; pues, siendo ella conforme a nosotros en el orden de la naturaleza, es infinitamente superior a nosotros en el orden de la gracia, como todo el mundo puede vislumbrarlo, y según tendremos ocasión de observarlo en lo que sigue.

5º El Alma de Nuestro Señor en el misterio de la Encarnación.

En su santa y adorable encarnación, Nuestro Señor, como todos sabemos, un con su persona divina un cuerpo humano y un alma humana semejantes a nuestros cuerpos y nuestras almas.

Ahora bien, el cuerpo humano, en sí solo y por sí mismo, no era más apto para unirse con la persona del Hijo de Dios, que cualquier otro cuerpo; y por eso, si fue elegido con preferencia a todo otro cuerpo, es que, por ordenación divina, estaba unido a un alma. Y como esta alma era razonable, inteligente y amante, era por este solo hecho más semejante al Hijo de Dios, y más propia para unirse con El que el cuerpo. Por eso, en la Encarnación, el Hijo de Dios se unió a nuestra carne por medio del alma y en virtud del alma; y si se nos permite la expre-

sión, el cuerpo de Jesús debe a su alma el haber quedado unido a la persona del Hijo de Dios.

Para mejor captar la dispensación del gran misterio de la Encarnación, tratemos de considerarlo en el instante mismo de su realización. La hora solemne ha llegado: la Augusta Trinidad va a realizar su obra por excelencia; la Virgen, futura madre, está absorta en una oración incomparablemente humilde; el Hijo de Dios va a convertirse en su Hijo. Dios, por medio de un legado suyo, el Arcángel San Gabriel, notifica a la Virgen de Nazaret su plan de asumir una carne humana sacada de sus entrañas. Apenas la Virgen ha dado su consentimiento, el Señor crea en su casto seno un cuerpo, al que forma de su más pura sangre virginal; crea al mismo instante un alma, a la que saca de la nada, y que ha de ser el principio de la vida del cuerpo milagrosamente formado en el seno de la Virgen; en ese mismo momento une este cuerpo y esta alma; y, siempre en el mismo instante, el Hijo de Dios se une al alma, que se convierte en su alma, y por medio de esta alma se encuentra unido al cuerpo, que pasa a ser su cuerpo.

Santo Tomás no duda en decir, como consecuencia de esta doctrina, que *el alma está más cerca del Verbo de Dios que el cuerpo*. Incluso podemos añadir que el alma de Jesús está más unida a su divinidad que al cuerpo que ella anima; pues la unión de su alma con su cuerpo pudo cesar, y cesó efectivamente durante todo el tiempo en que Nuestro Señor permaneció muerto, estando su cuerpo en el sepulcro y su alma en el Seno de Abraham; mientras que la unión del alma y del cuerpo con la divinidad no cesó jamás, y durará eternamente.

6º Continuación de lo precedente.

Al comienzo del mundo, Dios dijo: *Hágase la luz, y se hizo la luz* (Gen. 1 3). Y los Angeles se llenaron de júbilo.

Pero ¡cuánto mayor fue la luz que Dios creó, y con que inundó el alma del Salvador, cuando sacó a esta alma de la nada para unirla inmediatamente a su Verbo! ¡Qué alegría, qué gozo divino para el alma del Salvador, verse tan súbitamente unida a quien es Dios de Dios, luz de luz! ¡En qué océanos de gracia, en qué fuegos de caridad se encontró sumergida de golpe el alma bienaventurada que Dios había creado para que fuese su alma! ¡Qué conocimientos sublimes y profundos tuvo de Dios, de sus grandezas, de sus voluntades, de su amor! ¡Qué delicias y encantos encontró en la visión beatífica, de que comenzó a gozar desde el instante solemne en que empezó a existir! ¡Qué agradecimiento tuvo por los dones de Dios! ¡Qué gloria le dio, qué cánticos de adoración, de acción de gracias, de amor al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo! Y, al mismo tiempo, ¡de qué amor se sintió embargada por todas las almas que son sus hermanas según la naturaleza, y sus compañeras en el cumplimiento del gran mandamiento: *Amarás al Señor con toda tu alma!*